

RECUERDOS DE LECTURAS

UN LIBRO QUE ADORO

**Escuela de buceo con Rodolfo Betti. Textos y dibujos Dominique Serafini.
Ediciones Garriga. S.A.**

Mauricio S. Martínez

Profesor de Psicología en la Universidad de Buenos Aires, ISPEI “Sara C. de Eccleston” y Universidad Abierta Interamericana

Estábamos por concluir con la, recientemente bien lograda, buena costumbre de juntarnos a cenar. Una vez concluido el ritual del budín de pan con crema y dulce de leche, y pagada la cuenta, nos subimos al auto. Mi sobrino, el menor de los tres, se dispuso a llevarnos, a cada uno, a nuestras respectivas casas. La conversación derivó en la recientemente estrenada serie *El Eternauta*. Departimos sobre los primeros episodios a la velocidad que permitía la onda verde de la avenida Córdoba. Al detenerse el auto frente al semáforo que anunciaba la nueva onda verde, otro de mis sobrinos, en este caso el mayor de los tres, esbozó una tenue reminiscencia de su infancia situada en la casa de su abuela, mi casa materna. Recordaba haber visto la historieta en la biblioteca que albergaba mis libros. Su recuerdo llamó mi atención, ese libro no era de la partida. No se encontraba en la hilera de ejemplares que componían mi colección. Él aseguraba que sí. Recordaba haberlo visto y haberlo tenido en sus manos. Ese recuerdo, genuino para él, imposible para los miembros de los estantes de la biblioteca, desató en mí una pregunta clave, ¿cuál sería el sucedáneo que lo reemplaza en su memoria? La siguiente oración que escuché funcionó de igual manera que el firme jalón a la cuerda que desata el velo.

—El que tiene uno tipo con una escafandra en la tapa —dijo mi sobrino, con total certeza.

—No —exclamé con total seguridad—. Se trata de otro libro.

Inmediatamente tomé mi teléfono celular, busqué una imagen de la tapa del libro y se la mostré. De este modo, tal vez, el falso recuerdo de mi sobrino se adecuaría a la realidad de los estantes de mi biblioteca. El libro, oh casualidad, no podía ser otro que *Escuela de Buceo con Rodolfo Betti*. Un comic que cuenta la historia de dos adolescentes que, en una fallida jornada de snorkel, tropiezan por casualidad con un experimentado instructor de buceo, Rodolfo Betti. La historia de Luis e Inés, los adolescentes protagonistas, se convirtió en mi historia, durante lo que restaba de ese verano y el próximo. El libro es un curso de buceo. Algunos llegaron a estudiar para ser detective privado por correspondencia. Yo aprendí a bucear con ese libro. El futuro y el pasado, a veces, se conectan a través de los libros. Este libro lo hizo. Vaya uno a saber por qué, para la navidad de 1985 había recibido como regalo unas antiparras, un snorkel y un par de aletas. Éstas, para mí, hasta la llegada del libro, se llamaban patas de rana.

¹ Las opiniones vertidas son responsabilidad de los autores de cada uno de los trabajos de reflexión – académicos y no comprometen a la Academia Argentina de Literatura Infantil y Juvenil.

El libro me lo regaló mi hermana, justamente la mamá de quién había almacenado en su memoria una incorrecta asociación entre tapa de libro y título de la obra. Transcurría febrero de 1986 en la ciudad de Neuquén, ciudad en la que pasé muchos de los momentos más felices de mi niñez. Mi hermana, diecinueve años mayor que yo, se había mudado de la capital del país a la capital de la provincia unos años antes, y no había plan mejor que pasar unos días con ella, sea durante las vacaciones escolares de verano o de invierno. El libro lo compró en una librería llanada Siringa. Recuerdo que no me lo dio en el preciso instante en que el vendedor se lo entregó en una bolsa inmediatamente después de que ella hubiera abonado la compra. Eso llamó mi atención. A la noche cuando lo recibí, el libro contenía una dedicatoria de mi hermana para su querido soñador. Juntos como siempre, decía, a pesar de las distancias y cercanías, ella seguía descubriendo los ideales, anhelos y sentimientos de su hermano. Auguraba también, el cumplimiento de mis deseos y me proponía ser feliz a cada día. Hubiera sido la dedicatoria perfecta si también hubiese hecho mención a que algunos deseos, así como se cumplen, se escapan como arena entre los dedos o se queman hasta desaparecer en la ceniza.

Lo que restaba de ese verano, y el siguiente estuvieron signados por largas jornadas que pasaba leyendo el libro junto con mi rudimentario equipamiento de aspirante a buzo. Las piletas del Parque Sarmiento, lugar donde también pasé muchos veranos felices, se convertían durante los días de la semana de esos veranos en esa cala a orillas del mar donde comenzó la historia de Inés y Luis junto a Maro (el apodo de Rodolfo Betti). Día a día practicaba cada uno de los consejos y ejercicios que Maro daba sus jóvenes discípulos. Recuerdo el que más costó, la ballena. Es una técnica esencial. Consiste en nadar por la superficie mientras se respira por el snorkel. Luego sumergirse, lo cual hace que el snorkel se llene de agua. Permanecer un momento debajo del agua y, al salir a la superficie, sin sacar del todo la cabeza del agua, se debe soplar fuertemente para desalojar el agua que se encuentra dentro del snorkel y comenzar a respirar nuevamente. Aprendía también a compensar los efectos de la presión que ejerce el agua, cuando uno se sumerge a una profundidad considerable, enviando aire a las cavidades óseas del cráneo. Practiqué hasta el agotamiento el pato, una técnica que, como explicaba Maro, cuando se hace correctamente, permite sumergirnos en el agua sin esfuerzo. Lo más importante en esos días era repasar una y otra vez, por las mañanas, las enseñanzas que Maro nos daba a Inés a Luis y a mí a fin de no olvidar detalle alguno al momento de ponerlas en práctica en las piletas.

Mi sobrino, el que manejaba primero dejó en su casa a mi otro sobrino, el del falso recuerdo. Luego me dejó a mí. Cuando entré a mi casa, lo primero que hice fue dirigirme a la biblioteca, tomar el libro y enviar una foto de la tapa del libro al grupo que comparto con mis tres sobrinos, ese grupo de WhatsApp que nos permite la bien lograda buena costumbre. El tercer sobrino, del que todavía no hice mención alguna, y al que el que manejaba dejó en su casa en tercer lugar, entra en escena en ese preciso momento. Al ver la foto escribe en el grupo: A mí lo que me sorprendió fue lo rápido que el tío conectó *El Eternauta* con ese libro. Claramente el buceo no llegó a ser más que a una aspiración malograda. Cómo no adorar este libro.

Mauricio S. Martínez. Doctor en Psicología, Magíster en Psicología Cognitiva y Aprendizaje, Licenciado en Psicología y Licenciado en Ciencias de la Educación. Docente de grado y posgrado. Expositor internacional. Editor de la Revista E-Eccleston. Temas de Educación Infantil. Se desempeña como profesor en materias del área de la Psicología en Universidad de Buenos Aires, ISPEI “Sara C. de Eccleston” y Universidad Abierta Interamericana, entre otras instituciones.

Es autor de numerosos artículos académicos de su especialidad.

